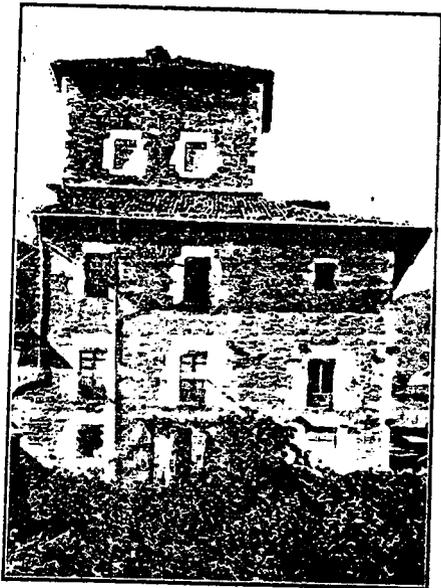


EIBAR



Casa de la familia Zuloaga

IGNACIO ZULOAGA

EN EL SALÓN DE PARÍS DE 1908

EN unos cuantos años de labor fecunda y admirable, el ilustre pintor basco, primero entre los primeros, no de España, sino del mundo entero, ha improvisado un nombre de reputación universal. De triunfo en triunfo, ya en Venecia ya en Munich, en concursos de carácter internacional, ha ido Zuloaga durante el lustro último. En los diversos Salones de París, que tienen una nombradía mundial y otorgan una definitiva consagración, en lucha con los pintores franceses y con los extranjeros de más larga fama, ha destacado briosamente su personalidad artística, de un temperamento original, y ha consolidado su gloria de maestro indiscutible.

La primer figura en el Salón de este año, es Zuloaga. Sus cuadros, expuestos en las galerías del Palacio de Bellas Artes, han producido una enorme sensación. Todos los elogios de la prensa—estos periódicos que discuten y menosprecian todos los talentos si no tienen origen francés, así en letras como en artes—han sido para el pintor español. La grandeza del triunfo es necesario discernirla—conociendo este país, «feria de vanidades»—de esa unanimidad con que se han reconocido los altos méritos de Zuloaga.

Tres cuadros ha expuesto: *Les Sorcières de San Millán*, *Naim*, y un retrato de la actriz Srta. Breal, en el traje de la ópera *Carmen*.

Zuloaga, es el pintor que actualmente encarna la tradición del espíritu español en la pintura. Se nos ha presentado unas veces heredero de Goya, y en otras ocasiones, como descendiente directo de Velázquez. No hay contradicción—como algunos han creído—entre estas dos tendencias artísticas. Todas han venido por un cauce común, por

donde la vida española, á lo largo de los siglos, ha venido desliziándose, siempre vivo é igual de espíritu, variando en el aspecto externo, en lo accidental y pintoresco.

En nada se parecen estas muchachas morenas, de perfil brioso, de ojos que centellean ardientes y pícaros, que ha pintado Zuloaga, á las manolas de carnaciones blandas, de rubicunda tez, que nos dejara Goya. La mantilla á la usanza española, es un simple detalle sin importancia, completamente accesorio. Lo que en ellas hay de común, es el alma de raza, el carácter típico y solariego, la vivacidad espiritual, pronta de ingenio, fácil al donaire, rebosando una gracia, un encanto, una alegre sugestión singularísimos.

Lo mismo nos hacen sentir lo típico español, lo que hay de indígena y nativo en el modo de ser de nuestro pueblo, representado en unas figuras de mujer, la maja al balcón de Goya, que estas muchachas segovianas, de la mas pura cepa de Castilla, que Zuloaga ha puesto también asomadas al balcón. A pesar de todas las diferencias de tiempo y de costumbres, el tipo subsiste, y en recogerlo y perpetuarlo como lo perpetuó el insigne sordo aragonés, ha estribado el gran acierto del ilustre basco contemporáneo.

Hay paridad de temperamento; una idéntica visión. Nunca ni el plagio, ni la copia servil. Zuloaga, ha heredado el espíritu, la levadura realista, el sedimento de nuestro carácter nacional, móvil, alegre, pintoresco.

Pero hay en ese espíritu español una nota más viva, más nuestra. Es el humorismo, la amarga ironía, entre jocosa y doliente, que ha empapado, en el largo transcurso de nuestro vivir histórico, como aliento espiritual de la raza, las letras y la pintura.

Esa nota la ha recogido también con gran fortuna, Zuloaga. Ella le dá derecho al título de descendiente de Velázquez. Los cuadros que ahora ha presentado, *Les Sorcierres* y *Nain*, son de ello un elocuente testimonio.

No le han inspirado directamente los cuadros del maestro inmortal de *Las meninas*. Acaso le haya sugerido el camino. Nada más. La propia realidad del vivir, la extraña naturaleza, han dado de sí esos tipos que tan maravillosamente ha reproducido Zuloaga.

Cierto que ellos recuerdan las figuras velazqueñas. Claro. Como que los tipos que el maestro trasladara al lienzo, por su temperamento realista que sólo podía observar y reproducir la vida, los encontró á su

paso en la cantera inagotable de la naturaleza, en el modo de ser español. Los bufones y los pícaros de Velázquez, no son seres sueltos, excepcionales, creados imaginativamente. Son de la misma laya que los buscones, los pícaros, el hampa maleante que desfila por las páginas de un humorismo amargo, de Hurtado de Mendoza y Espinel. Marcos de Obregón y Guzman de Alfarache, que hemos conocido en la novela picaresca, son hermanos de sangre, sobre todo gemelos por la raza, de Pabillos de Valladolid, y el bobo de Coria, que conocemos por Velázquez. ¿Es extraño, pues, que guarden parentesco el niño de Vallecas y el Enano, que ha presentado ahora Zuloaga? No; es el espíritu de raza que se perpetúa, nuestro carácter que se prolonga en los siglos.

Este enano—*Nain*—de Zuloaga, es monstruoso. Rechoncho, con el hocico, el cráneo apiastado, ventrufo, las cejas asperas, chata la nariz, un ojo verdoso, con un mirar rarísimo, entre vivo y apagado, entre pícaro y estúpido, es una figura de un original relieve. Los odres que carga a hombros, es una nota aspera, así como el pergenio mismo del caserío que al fondo se destaca, cerrando la lejanía, bajo un cielo lívido y con aire tormentoso.

¿Y las viejas? Esas *benjas* de San Millán, componen un grupo macabro. Son también monstruosas. Escualidas—casi pudiera decirse de alguna esquelética,—horrorosas en su aspecto: torvo, tirando á lo tragico; las narices aguzadas, dando un caracter siniestro al perfil; las carnes flácidas; la piel rugosa; los parpados casi sin pestañas; las cejas comidas; los cabellos sucios, facios; una mueca cruel en las bocas hundidas, justifican el remoquete popular de brujas con que el sentido, entre burlón y miedoso del público, suele designarlas. Son éllas el tipo clásico que la superstición de las gentes de España teme y odia, persiguiéndolas sanguinariamente á veces en aldeas y villorrios, odio que inspiró á Pereda, una de las más bellas páginas de *El sabor de la tierra*.

Todas estas figuras, de una naturaleza anormal, Zuloaga las coloca en un escenario á propósito. Para mejor destacarlas, intensificando la impresión, las ha envuelto en una claridad torva, entre luces de crepusculo sombrío, sobre paisajes extraños de una coloración verdinegra, en que la paleta, sencilla, sobria y sobre todo hábil en el acierto, ha dado nada más que tonos verdes y rojos, en trunfo ha sido coisat. Zuloaga es hoy una de las primeras figuras de la pintura contemporánea.

nea. Y es, para nuestro orgullo, una de las más legítimas y menos discutidas glorias de España.

Paris, Abril de 1908.

ANGEL GUERRA.

A continuación del interesante artículo de nuestro distinguido colaborador, parécenos oportuno reproducir lo que el notable crítico del periódico parisiense *Le Figaro*, Arsenio Alexandre, ha escrito acerca de los cuadros expuestos por el genial Zuloaga, en el actual Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. El juicio de Angel Guerra, podría, en concepto de algunos, parecer influido por la admiración del compatriota: el del periodista francés no podrá ser tachado de parcial, procediendo como procede de un pueblo y de una prensa tan parcos en glorificar lo extranjero.

«Un Salón que contenga, aunque sólo sean cinco ó seis obras que hagan pensar con alguna profundidad ó sean sugestivas de emoción y de encanto, es un Salón salvado. ¿Lo es el de este año? Sí, porque contiene una media docena de obras que, en diversos grados, llenan esas condiciones de un modo superior y un buen número de otras que también las llenan en parte. Podría yo decir que una Sociedad que ha perdido á Puvís de Chavannes, á Cazin, á Whistler, á Burne Jones y á Carriere y no ha visto surgir todavía nuevas figuras tan altas, tiene que trabajar mucho para borrar el recuerdo de las Exposiciones pasadas; pero es cosa muy fácil oponer los muertos á los vivos. Estos tienen razón contra aquéllos..., y sin más preámbulos diré cuáles artistas me han parecido dominar el conjunto de la Exposición. Después de haber procedido á esta selección de los *clous*, seguiré simplemente el orden de las salas, cuyo contenido analizaré, discutiendo las obras salientes de cada una.

«Parecería natural que debiesen tener el orden de prioridad en nuestro examen aquellas obras en que domina la inspiración personal. En que el autor se ha dejado llevar por la inspiración y por el ensueño; pero este año resulta que las producciones de este género son menos sorprendentes que las que descansan en la sola observación de las realidades. Comenzaremos, pues, por éstas.

Zuloaga es uno de los que atraerán y agitarán más enérgicamente á los espectadores. Sus obras son cosas verdaderas, que tienen toda la

potencia y todo lo emocionante inesperado de una pesadilla. Un grupo de viejas, *Las brujas de San Millán*, celebra en la noche un extraño conciliábulo. Son horribles y soberbias esas mujeres; adivinase que uno de sus oficios es vender filtros de amor y otro procurar á los débiles humanos ocasión de recurrir á ellos. Todas las delgadeces y todas las malas gorduras; todas las degeneraciones y todos los odios viven en esas fisonomías. Baudelaire, habría encontrado en ese cuadro alegrías y sorpresas, porque presenta decrepitudes y estados de alma seminales que él no previó en sus *Viejas*.

«Aún es más alucinante el segundo cuadro; es un *Enano de Acila*, fabricante y vendedor de odres; ese miserable juguete de la irónica naturaleza lleva sobre su hombro sus mercancías henchidas. *El hombre del pie contrahecho*, de Ribera, es un ángel al lado de ese ser humano, cuya boca tiene precisamente el orificio de un odre, cuyos ojos son de distinto color y cuyo cuerpo horriblemente deforme, revela una vitalidad intensa. Y, sin embargo, el enano es dichoso: es su propio universo, como lo es la mujer más bella ó el hombre más poderoso; tiene la conciencia de su personalidad; siente vagamente que representa un papel en el mundo, y ciertamente ha desempeñado ya uno muy importante, el de inspirar á un robusto obrero y á un severo pensador una obra sorprendente.

«No necesito decir la riqueza de color siniestro, el vigor del modelado, la sólida y opulenta materia de esas pinturas.

La tercera obra expuesta por Zuloaga, forma contraste con las anteriores, no por su factura, que es igualmente vigorosa, sino por su ruda y nerviosa elegancia. Es un «ante estreno» en toda la fuerza de la palabra; porque esto es lo que representa la *Señorita Brecal*, tal como estará en la ópera *Carman*. A esa imagen de la bella cantante ha sabido darle Zuloaga todo el interés de una pintura de costumbres y todo el sabor de un verdadero retrato de teatro».

La Ilustración Artística, que en diversas ocasiones ha tributado el debido homenaje á Ignacio Zuloaga y que ha reproducido sus principales obras, hoy se honra nuevamente dedicando el testimonio de su admiración al eximio artista, que tan alto sostiene el nombre español en el mundo del arte, y le felicita con entusiasmo por el gran triunfo alcanzado en el actual Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de Paris.

(De *La Ilustración Artística*).